

¿QUÉ ES PENSAR? RAZÓN Y TECNOLOGÍA

ENTREVISTA DE LUIS GÓMEZ A HENRI LEFEBVRE*

Henri Lefebvre anda ya en sus primeros ochenta. Nació casi con el siglo y, sin embargo, su lucidez provoca la envidia de no pocos intelectuales de las dos o tres generaciones que le siguen.

Nos encontramos en su departamento de la calle Rambuteau, justo donde comienza y se prolonga la famosa calle de Beaubourg, ahí donde surge el mundo "posmoderno" del Centro Pompidou que, junto con el centro comercial de Les Hayes, sustituyó al viejísimo mercado del mismo nombre.

Afable e intempestivo Henri Lefebvre conversaría por horas si no tuviera que trabajar, pensar y escribir. Exento ya de cátedra, mantiene un seminario en La Sorbonne con Jean-Marie Vincent, uno de sus discípulos. Actualmente se encuentra grabando, al lado de René Lourau y otros intelectuales, sus memorias, los momentos más importantes de su larga vida llena de acontecimientos: los iniciadores surrealistas, sus encuentros y riñas con los comunistas, sus expulsiones del partido, sus amores, su admiración por Goethe y Hegel, sus viajes a México, Argelia, California, Cataluña.

Su departamento es amplio, sencillo, iluminado, lleno de libros y recuerdos. No huele a viejo sino a tisana, hierbas y vivencias acumuladas. Se siente la presencia de la gente que ha vivido aquí interminables discusiones que aún continúan.

Después que el viejo profesor gascón me invita un café en su salón-estudio, comenzamos nuestro diálogo.

* Profesor de la FCPyS. UNAM.

—Profesor Lefebvre, en un encuentro anterior usted me dijo que estaba a punto de terminar y publicar un trabajo con el título *¿Qué es pensar?* ¿Qué nos puede decir acerca de él? —Efectivamente, hélo aquí... ha salido hace apenas unas semanas. *¿Qué es pensar?* responde a cuestiones y preocupaciones muy actuales. Si bien parto de textos filosóficos —de Descartes, Heidegger y algunos otros filósofos—, el problema que este libro trata de resolver se puede formular de la siguiente manera: ¿Piensan las computadoras? Hemos estado escuchando por todas partes en Francia que se tienen ahora máquinas de pensar; hay hasta quienes dicen que pensar más rápido que los seres humanos y que muy pronto pensarán mucho mejor puesto que nuestro cerebro es una máquina potencial. Paradójicamente, nosotros construimos con nuestro cerebro máquinas de pensar que, en teoría, son mejores que nuestro propio cerebro.

Tal es el problema que planteo en este volumen. Es un libro de filosofía, pero no una filosofía desencarnada y desactualizada. Los problemas que me planteo se refieren a cuestiones más profundas, por ejemplo: las matemáticas. ¿Qué son las matemáticas en relación al pensamiento? Para una gran corriente filosófica, netamente el empirismo lógico, las matemáticas son el prototipo mismo del pensamiento, las matemáticas proponen el modelo, el paradigma del pensamiento. En este trabajo, trato de demostrar que eso es falso, que las matemáticas no son el paradigma del pensamiento, que éste no es un cálculo ni una combinatoria, sino una relación que se entabla con el mundo, una relación como otras, como el juego o el amor.

Quiero decir que el pensamiento no es una relación de juez consigo mismo como para Descartes, no es una relación con la práctica, si bien implica una relación con la práctica social y con el trabajo, no lo es sino a través de mediaciones como el trabajo, el lenguaje. Es una relación con el mundo.

—Es muy reconfortante escucharlo de usted. Esto me recuerda un trabajo de Michael Shallis recién publicado por la editorial de la Universidad de Oxford, en el cual afirma que las computadoras no piensan, que lo que éstas hacen es reproducir mecánicamente una de entre muchas maneras de pensar; en todo caso reflejan la lógica formal...

—Esa es precisamente la tesis que yo defiendo, lo que permite demostrar cómo la lógica ha entrado en la práctica social, en la tecnología; cómo hay una especie de cadena continua entre los presupuestos de la lógica, es decir, de la identidad formal, un encadenamiento que va de la identidad formal hasta la práctica tecnológica de nuestra época; esto me lleva a demostrar cómo en lo social actual existe una especie de imperio de la lógica. Como la lógica y las matemáticas han entrado en la práctica, como la lógica se vuelve operacional, operatoria, lo que no quiere decir que eso sea pensar. Ese mundo social, esa práctica social que es un efecto de la lógica, no se piensa a sí mismo, tiene necesidad de ser pensada. El imperio de la lógica no es, por tanto, un imperio del pensamiento, sino una operatoria, una especie de efecto, que se muestra claramente por su brutalidad, por el hecho de que entraña la violencia, de que nos conduce por una vía tan peligrosa como la autodestrucción, tanto de nuestra sociedad como de nuestro planeta... Estamos en Francia muy sensibles a estos fenómenos, quizás también en México... pero aquí de manera muy acentuada.

—Creo que la cuestión tecnológica ha sido ya largamente pensada. Para utilizar una expresión heideggeriana, se trata de un desbrozamiento que parte quizás del mismo Hegel. Me acuerdo que en alguna ocasión usted citó a Hegel a propósito de la potencia de la tecnología que puede llegar hasta la creación de máquinas que sustituyen al hombre. Este es uno de los temas que trabajo; hemos hablado también de la cuestión fundamental sobre la transformación de la relación entre la máquina y el trabajo. Es una preocu-

pación esencial en Europa, ya que esto se refleja fuertemente en las más altas tasas de desempleo que jamás haya habido desde la Segunda Guerra. ¿Qué piensa de esto?

—En el horizonte lejano de la producción automatizada se encuentra el fin del trabajo, del mundo trabajo, no digo que sea para mañana, pero es el horizonte de la automatización, de la producción automatizada, robotizada: el taller sin obreros. Usted mismo ha hecho una tesis sobre este tema, la cual he guardado tan bien que no logro encontrarla... Usted conoce bien este problema: el taller sin obreros; pero es un horizonte lejano, y sin embargo ya es suficiente para desvalorizar el trabajo. ¡El trabajo ha cesado de ser un valor fundamental! Ello encierra cierta desmoralización del trabajo y de los trabajadores.

Entonces, lo que también se ha producido es que el trabajo productivo se ha modificado cualitativamente, la producción de cosas ha perdido importancia en relación a la producción de signos, de textos, de abstracciones, de imágenes, y esto, además, influye en la desvalorización del trabajo manual, del trabajo productivo. Todo ello es tendencial, virtual, pero estamos en ese camino...

Por el momento, esto se traduce en la exclusión del trabajo de millones y millones de personas, particularmente en las periferias. En Africa, en una parte importante de Asia, en la India, y en una parte de la América Latina, millones de hombres son excluidos del trabajo productivo, de la vida social y del consumo. Esta extrema conclusión me parece inquietante y peligrosa porque tiende a reconstruir la sociedad alrededor de un núcleo muy compacto, alrededor de técnicas y de tecnologías de punta, y entonces tendremos en torno a esas centralidades periferias de las periferias, más que marginalizadas destinadas a la exclusión total. Tendremos así, un núcleo central y porcentajes considerables de la población abandonados, perdidos, muriendo de

hambre... Es un fenómeno peligroso, que se presenta a escala mundial.

—Lo que más sorprende en la evolución de la tecnología actual es que a la vez que libera trabajo, el mundo continúa atado a la forma salario, y con esta atadura la redistribución se vuelve casi imposible; lo que no cesa es la creación de riqueza pero lo que no funciona es la forma de la distribución, lo que significa cambios profundos en la estructuración de la economía contemporánea.

—La distribución se hace por la vía bancaria y financiera, por la vía del comercio. En Francia se cuenta demasiado con la tecnología para mejorar la forma de la distribución; se habla mucho de la moneda electrónica. Creo que la tecnología no tiene nada que hacer con las relaciones fundamentales. Que a usted le paguen en moneda electrónica, fiduciaria, o en dinero metálico, no cambia en nada su capacidad de compra. Si usted no tiene ésta, ¿de qué le sirve? Mucho se ha hablado sobre la moneda electrónica, sobre las tarjetas con que se puede retirar el dinero de manera rápida, como se hace ya en el banco, y efectivamente eso va a mejorar considerablemente lo concerniente a la velocidad de la circulación, pero eso no cambia nada en las relaciones fundamentales de explotación y dominación. Son las formas las que se modifican.

No creo que los contenidos profundos de las relaciones fundamentales sean alteradas por la tecnología, salvo en lo relativo a la exclusión creciente de un número mal determinado de individuos. Si ese núcleo se reduce aún más en el curso de crisis sucesivas, entonces sobrevendrá la descomposición de la sociedad y, se erigirá otra dominada, subordinada por gente que mantenga el monopolio de la técnica, una élite nueva de tecnócratas, de políticos, dominando los aparatos políticos y militares. La amenaza para nuestra sociedad es la de estar en manos, y ya lo está, de una especie de triunvirato: los tecnócratas, los militares y los políticos

profesionales. Pienso que la tecnología no cambia en nada esta forma de dominación, la que está en formación desde hace ya varios años, sino que, al contrario, se corre el riesgo de reafirmarla, salvo si se produce un movimiento profundo, como lo hubo en Francia, que no se logró muy bien y que, finalmente nada ha transformado.

—Pensar la técnica es también pensar en alternativas; creo que en efecto la situación actual nos impide ver claramente el futuro, pero lo que si podemos ver es una especie de destrucción de los sujetos tradicionales, y al mismo tiempo no podemos visualizar en lo que esos sujetos se transformarán y como es que los nuevos sujetos políticos se van a constituir, así como cuales son las alternativas sociales que pueden ofrecer. No hablo por supuesto de un sujeto esencial, sino de subjetividades.

—Me parece que esa cuestión del sujeto político le preocupa demasiado desde hace algunas semanas, a mí no me preocupa tanto la cuestión del sujeto político; es más, nunca he creído en la existencia de un sujeto político; sólo en el límite, la clase obrera se constituye como sujeto histórico, de otra parte no puede hacerlo según Marx, más que cuando se niega ella misma, cuando se rebasa, y cuando rebasa la sociedad de clases. Esta autoafirmación implica una autonegación. Siempre se ha hablado de casos límite y nunca se ha llegado hasta ella. ¿El sujeto? ¡pero él puede surgir por todas partes! Puede ser en la ciudad, en los barrios, podría ser en x o z grupo social, por ejemplo, en los extranjeros, en los inmigrados de tal o cual país. El año pasado tuve la impresión, en California, de que los mexicanos funcionaban como un sujeto, muy confuso, pero portador de una contracultura en relación a la cultura dominante en Norteamérica.

El sujeto puede constituirse de una manera espontánea, como en 1968 en Francia, a partir de los estudiantes. No creo en el carácter esencial o estructural del sujeto. El suje-

to es para mí, en la medida que eso tenga algún sentido, de carácter coyuntural; nace de un encuentro, nace de toda una serie de causas, de condiciones y hasta del azar, ¡pero, de una gran cantidad de condiciones!, es necesario que estas converjan en una coyuntura para que nazca un fenómeno de subjetividad. No me hallo para nada en la problemática de un sujeto sustancial, esencial, constituido, estructurado. . .

—Estoy de acuerdo con usted. En todo caso a lo que me refiero es a la posibilidad de la contestación, a la posibilidad de hacer política, y de ver en la práctica social alternativas, proyectos nuevos de sociedad...

— ¡Ah, eso es lo que nosotros deseamos! Me permito decirle inmediatamente que ese problema es el nuestro, que hay grupos que se ocupan, grupos de investigación y acción, de los que yo conozco varios, y me parece que este es el momento de señalar que estamos preparando una publicación mensual alrededor de esta problemática, que será redactada, concebida en función de un proyecto, es decir, de la elaboración de un proyecto de sociedad, político, en el cual se definirán las bases de una nueva ciudadanía socialista, comunista, en la cual se definirán las condiciones de gestión del espacio y del tiempo; hay una lucha por el espacio y el tiempo mucho más vasta que la lucha de clases tradicional, y en la cual nos esforzaríamos por definir algunos contornos de lo que es posible hoy. No digo del futuro, puesto que nada es inevitable, fatal; ni la guerra, ni la transformación de la sociedad son inevitables. Uno se puede quedar por debajo de las posibilidades, pero nuestro objetivo es tener una publicación que haga aparecer aquello que emerge, germina, se esconde en nuestra sociedad, en Francia y más allá de ella. Estamos reuniendo grupos alrededor de esta idea. Empero, aún no encontramos el título para esta revista. Hay muchas sugerencias. Yo he propuesto *L'Intempestif!*

Nuestro diálogo concluye con esta promesa de un viejo aún lleno de proyectos y de energía. Contagiado de su ánimo y vitalidad me despido de Henri Lefebvre, quien me acompaña hasta la puerta. Salgo a la calle pensando que pronto deberé tomar el avión a México. Jóvenes europeos con cabellos de colores, ropa negra y guantes que dejan fuera la mitad de los dedos, cruzan conmigo hacia el edificio-fábrica cultural del centro Beaubourg. Son una generación distinta sin duda; pienso que la exclusión social no sólo se da en Africa, en India o en América Latina. Aquí también se percibe y se disfraza de actitud negativa a la integración... la virtud muerta del socialismo francés, el resurgimiento de una derecha xenófoba y miope, y, atrás de todo, una reconversión más que neointustrial que sigue su marcha excluyendo trabajadores por todas partes... Aca-so el espectro del *no future*.

París, 21 de mayo 1986

***DIEGO RIVERA. LA BÚSQUEDA
DEL PARAÍSO PROLETARIO***

Se retoma en este escrito parte de la Introducción del libro de Irene Herner *Diego Rivera. Paraíso perdido en Rockefeller Center*, editado por Edicupes, en un convenio con la FCPyS de la UNAM. El volumen, realizado en colaboración con Gabriel Larrea y Rafael Angel Herrerías, incluye una selección y traducción de documentos que —localizados en la biblioteca del Museo de Arte Moderno de Nueva York, en la National Library de Nueva York, así como en la Biblioteca Nacional de Ciudad Universitaria— dan razón del evento protagonizado por Rivera entre marzo de 1933 y la primera mitad de 1934.

Comisionado por Nelson A. Rockefeller para realizar una enorme pintura al fresco en el estreno del edificio de la